

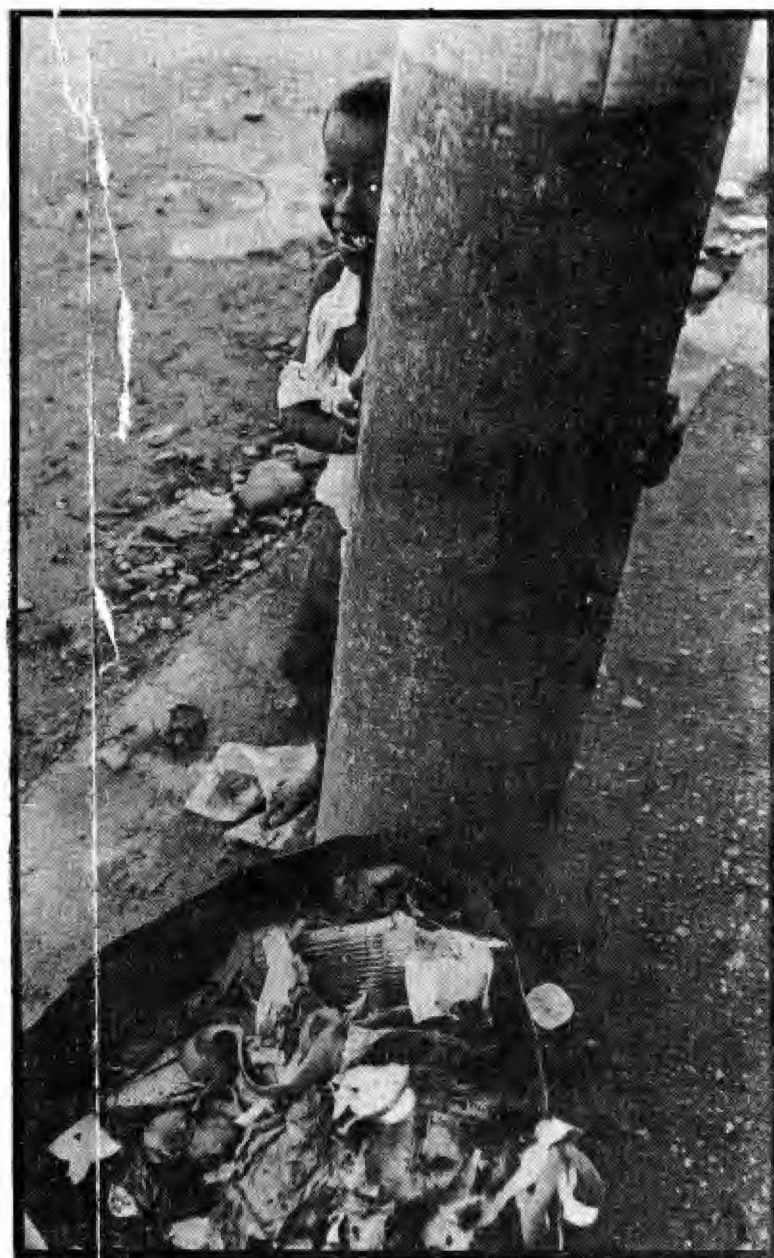
Poemas de LEONOR GARNIER

Foto # 1 Mario Fernández Foto # 3 Jose Ma. Volio
Foto # 2 Mario Fernández Foto # 4 Roberto Blanco E.

Leonor Garnier nació en San José en 1945. Hizo estudios secundarios en el Colegio María Auxiliadora, complementándolos luego con estudios de inglés, y gramática en los Estados Unidos. En 1970 publicó como Leonor Soley el libro de poemas: *Líneas Hacia la Soledad*. En 1971 fue presentada con motivo del Congreso Centroamericano de Escritores por Carlos Martínez Rivas y Alfonso Chase, como homenaje a la poesía joven de Costa Rica y también a sus propias calidades como escritora distinguida, polémica y en estado constante de superación. Estos poemas pertenecen a un libro inédito escrito en 1971.

KNOCK-OUT

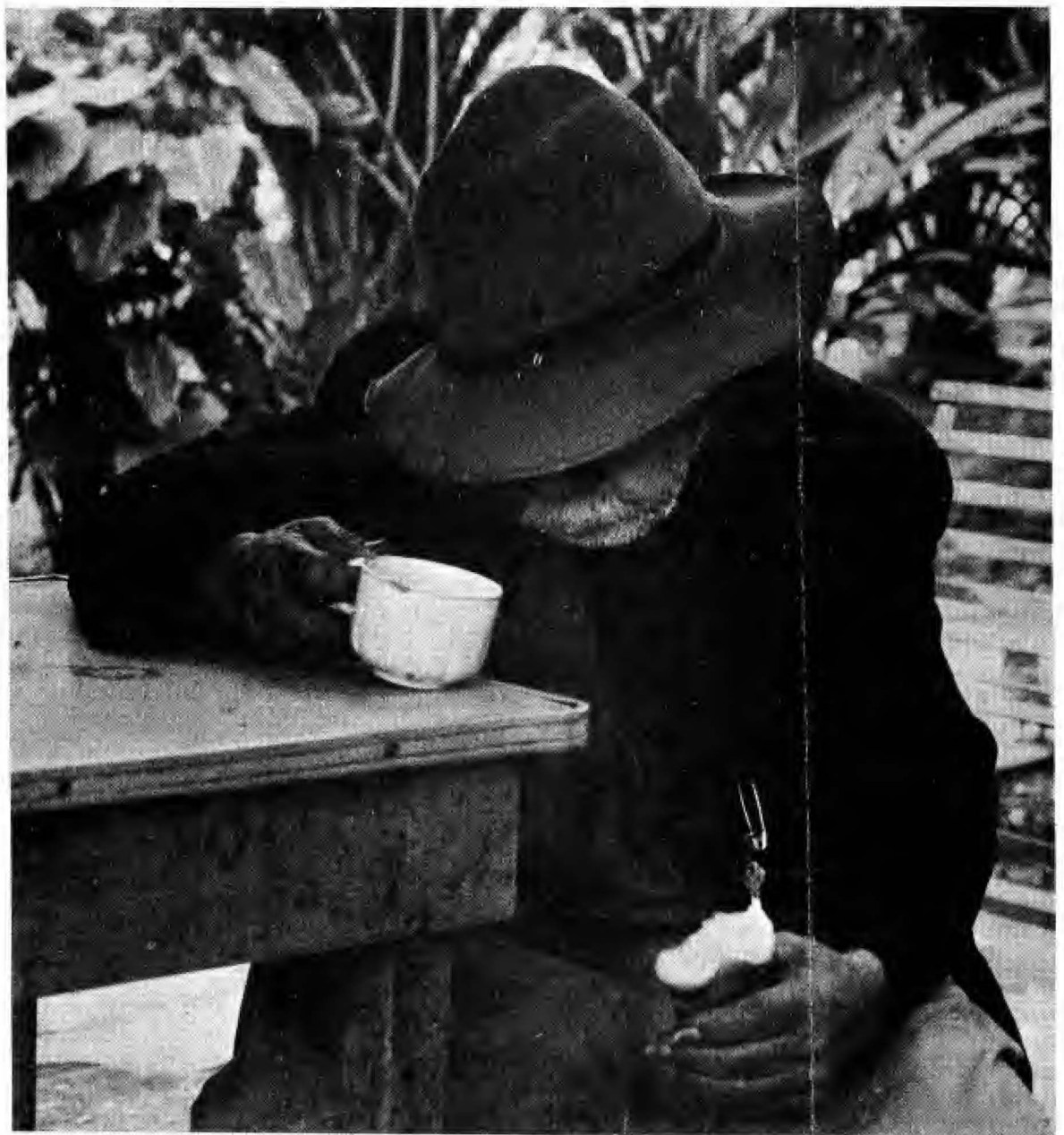
*La universidad en silencio.
Los campos hirviendo de patadas
los batones largos y sonrientes
los uniformes camuflados de gases lacrimógenos
el estudiante corriendo y el proyectil en línea recta.
Los campos pagados con el sello preferencia
ya nunca publicados
las gentes vencidas con retazos de cuerpos
los jóvenes de frente al pelotón
la nueva raza para apagar las rebeliones
el pueblo en los encabezados dominicales
la sed de los hidrantes
con las manos separadas buscando vestigios.
El sol cansado;
las iglesias solo un circo de reservas
los kepis extranjeros sujetos por el ceño
los juegos infantiles reducidos a la marcha
la bandera como carpa para limpiar las sangres
las palabras requisadas
los cinco dedos en punta sobre la frente
un golpe de pies sobre los cuerpos
la sangre para abono:
Costa Rica, 1973*



TESTIMONIO

*Cuando la simiente sea parte nuestra
y todos los barrios revienten en ciudades
y los neones ya no se necesiten
y las agujas de los números
se hayan reducido a un cartucho de museo
y las figuras de los mismos
sean sólo leyendas
y las faldas largas hayan dado lugar
a los cuerpos desnudos
y andar con los pies descalzos no sea gritar
-me da por favor un cinco-
y al llamado de un metal nos juntemos en filas de a cuatro
y cuando ya nadie tema ni escupa las estrellas
o cuando el color mestizo se deba todo a un rayo de sol
que se filtró por el ombligo en un día de playa
en que no había sombrillas ni tiendas de campaña
y los puertos, atestados, sólo permitían descansar de cara.
... Y ya para entonces
como no existirán las calles
que rememoren nuestros pasos
y las alcantarillas (como las líneas del teléfono)
vivirán en las raíces sin savia de árbol
y como los apellidos conocidos caminarán de terceros
y cuando las instrucciones para llamarse "de"
no sean más que un "agítese antes de usarse"
y cuando los mayordomos serviles se coloquen en las cabeceras
y cuando las propinas se repartan entre todos los comensales
y, cuando, si se rompe un zapato,
habrá que cortar el pie para completar el cuadro
y al mirar hacia el frente el horizonte esté inclinado
y las bocas puedan decir "te quiero" sin saberse adúlteras
y cuando los cuerpos iguales se junten en coito
y el padre nuestro se haya omitido todo
... Y ya para entonces
las cunas no serán bautizadas por los cuellos blancos
estarán bajo la plancha de alguna mujer vecina
y los muchos años escondidos
y los ratos que han sabido mal y la lanza de costado
y los dos hombres de cabeza desguindada a la par del otro
del otro que dio un paso adelante
pero luego se aterró ante la idea del vino tinto
y el tipo de espalda fuerte que caminó dos mil varas
cargando una parte de la tonelada de un hombre que no conocía
(y sin que a él le secaran el rostro porque no iba maquillado)
y cuando viajando por el tiempo en brazos de supermán
el mucho trajín habrá quietado las horas
y hoy, con antaño, forme un día
un día tan presente
un día--dinosaurio
tan extraño, tan actual, perteneciendo a lo pasado
habiendo comenzado en 1938 y concluido en 1945
y yo llorando sin pensar en goebells o en hesse
ni tampoco en ben-gurión ni en truman ni en roosevelt
ni en el pobre soldado que se acostó en una tumba
que a falta de tiza
careció de nombre
en 1971.*

Qué poca gente y qué mundo tan grande y tan delgado
y sin embargo no cabe un hombre acostado ni de pie
ni boca abajo
ni con zapatos puestos o paraguas abierto
o billetera oculta;
si cierra los ojos se le acercan las puertas
y si abre las manos se le agolpan las heridas
y los cuartos le desnudan y el alimento se le seca
pero el mundo no es pequeño y la gente es muy poca.
Cerrado a las respuestas pero abierto al diálogo,
el hombre,
como una pregunta del pueblo a un jefe de estado
o como un paseo de domingo aunque esté lloviendo
un paseo que se lleva a cabo porque es día de descanso
y los pollos están fríos y empaquetados
y hay que salir a tiempo para regresar temprano
antes que sea lunes y el escritorio reclame
y los amantes se separen para la tregua nocturna.
Qué poca gente y qué mundo tan grande y tan delgado
para ese hombre.
Y sin embargo
no cabe nada ni nadie se acomoda ni estornuda ni bosteza
aunque ya son las doce del día y todo llama al hambre caliente.
Todo esto es un axioma abierto a la esperanza
pero cerrado a las realizaciones
como esa voz que grita tras guitarras y banjos
y órganos semipianos
y voces tímidas en pequeños escenarios
y pelos largos formando toneladas y botas altas
confundiendo a los cuerpos
y bostezos y estornudos y chillidos y acomodados
y ponchos de colores de adonde emerguen las muchachas
pero sólo sus caras no su estómago ni sus años ni su sexo
y esto es casi como no surgir en una foto
entre fajas de terciopelo y blusas de encaje y mangas largas
y caras lánguidas y pasos de charleston y valsés disimulados
y labios rojos sobre pieles blancas y ojos extríctamente grandes
sobre muchas capas de polvo.
Qué poca gente y qué mundo tan grande y tan delgado;
y pensar que sólo Dios
luego de ser padre y esposo y hermano
puede proclamarse joven con la desventaja de no saber
si alguna vez fue un niño
o si jugó con barro
o si se mojó de regreso del colegio
o si bebió leche
o si aprendió a hablar
o si realmente amó a una mujer
a si sólo es hijo que nació del mecanismo.
Qué poca gente y qué mundo tan grande y tan delgado
adonde un hombre acostado adquiere el derecho al descanso
mediante el derecho a la muerte y a la angustia
debajo de un picnic en domingo
dentro de una guerrera rota y vieja.



SOBRE IGNACIO

Se llamaba Ignacio y era un viejo
un otoño que vivía apresurado o, mejor dicho,
vivía primero que sus ratos;
era como un viernes a principio de quincena
que con todo y ser precoz tenía horas fijas:
su café de media tarde, su amiga mediocre,
su oficina de calle ciega, sus niños vecinos
su tabaco, sus escupitajos y su lazca añeja;
era un viernes precoz de lluvia intacta.

Ignacio

Ignacio el limpiabotas—borracho—verdulero
el chico de cama colectiva y agua contaminada
el adolescente de cigarrillos robados—curioso/lascivo
el adulto sin estudios con pasado de reformatorio
el viejo colmado de amigos vagabundos
el viejo dueño de una casa de zinc quebrado
el labrasurcos de cosecha mala
el viejo ausente de abecedarios
el viejo que era el pueblo, el río y el barrio.

Ignacio:

su no apellido era aquel de cualquier desconocido
y su firma se reducía a una equis
y sus digitales a muchas rayas ondulantes
llenas de tierra

Ignacio

con un machete al cinto sólo por llevar algo
con un aire de pelea y sueño continuo
como si llevara sujeta una excusa por ser tan feo.

No tenía hijos:

su no apellido, por lo tanto, con él era el final y el mutis.

Se llamaba Ignacio y era un viejo apresurado,
precoz,

con esa suposición de "va a llover"

con ese almuerzo de medio día y con esa pereza de no saber qué hacer
y ese deseo de ser mucho sin ser apto para nada.

Era un viernes común este Ignacio

que debió de haberse iniciado a las doce pero comenzó a las ocho.

Todo le llegó a tarde:

desde el baño y el desayuno hasta el toque de queda.

Ignacio

el no apellido el nada el viejo

el casa cuna, el salón de conciertos, el quirófano, el solitario,

el viejo que era el pueblo, el río y el barrio.

